

FASCINACIÓN

Luisa, salió aquella tarde de domingo a la calle. Se dirigió, de modo casi inconsciente, hacia el centro del municipio costero de Oriñón (Cantabria) por la calle principal que unía el sendero de cantos rodados con la playa grande, recóndita y dorada. Sus pensamientos, algo grises aquella mañana, cambiarían sin duda cuando lograra fundirse con el mar; aquella masa de color azul que empezaba siendo casi blanco, para ir cambiando paulatinamente hasta llegar a un azul intenso casi negro al tocar el horizonte. Ella, había hecho muchas veces aquel camino; como si las corrientes marinas, tuvieran el efecto de lavar sus pensamientos de cargas innecesarias, y volvía a casa generalmente limpia, nueva. Ni ella misma sabía, cuál era el proceso que seguían sus emociones, para que la transformación tuviera lugar. Hundía sus pies en la arena, a esa hora de la mañana todavía fría, y al tiempo, sus ideas aprisionadas como la misma playa, por dos grandes muros de rocas perdían fuerza pero ganaban claridad.

Era una joven, que tal vez, no tuviera aún definida su vida, pero por el contrario sabía bien lo que quería. Había estudiado Biología Marina, y tenía claro que ese sería su recorrido y su fin en la vida. Aquel pequeño pueblo, bonito y pintoresco, a cuatro metros sobre el nivel del mar, al que había vuelto al acabar sus estudios, no daba sin embargo la sensación de poder llenar sus necesidades o de llegar a ser su meta. Sin embargo, el enclave de aquel pedacito de tierra, lograba que volviera una y otra vez a aquel lugar, aunque hiciera serios esfuerzos por separarse de allí. Disfrutaba observando con sus prismáticos, las colonias de buitres, que según los más ancianos del lugar, poseían el don de conocer lo venidero, y les escuchaba con entusiasmo cuantas historias quisieran contarle. Observaba, también, la flora. Allí en aquel pueblecito, crecía como especie autóctona, una bellísima orquídea de la especie *Ophry*, la denominada “orquídea avispa”, descrita por primera vez en el libro de Historia Natural de Plinio el Viejo (23-79 ad).

Aquel Noviembre desapacible, en aquella mañana en la que el frío ya se había establecido como normal, apareció en la playa una ballena macho de 10 años, 80 toneladas y de casi 20 metros de longitud. Cuando ella se percató, de que algo extraño pasaba, se encaramó en la roca más cercana y ayudada de sus prismáticos, observó los grandes esfuerzos que aquel enorme cetáceo hacía, sin conseguirlo, para llegar a la playa.

Alguien había dado la señal de alarma en el pueblo, porque la mayor parte de sus habitantes, llegaban para informarse, intentando desde la orilla comprender lo que ocurría.

— Es una ballena, y parece que viene herida. ¡Ayudémosla! —decía alguien.

Un grupo de adolescentes, que minutos antes jugaba al balón, corrieron hacía la orilla dándose instrucciones unos a otros, intentando evitar la tragedia que sin duda se iba a producir.

— ¡Rociemos constantemente su cuerpo con agua del mar...! ¡No dejemos que su piel se seque...!

Fue inútil, porque el cetáceo moría allí a las pocas horas de haber llegado arrastrado por la corriente.

El abatimiento recorría cada centímetro de su piel. Y exhausta se sentó en la seca arena, mirando cómo Bomberos, Policías y gentes del lugar arrastraban al cetáceo hasta sacarlo fuera de la playa. Aún muerto, el fascinante animal parecía llegado de un reino lejano; encarnaba los peligros del mar y los terrores desconocidos y sobrenaturales y también sus maravillas.

Antiguas tribus veían en estos enormes mamíferos el origen de todas las especies.

Sabía, que era necesario, trasladarlo hasta un lugar adecuado para estudiar lo que podía haberle ocasionado la muerte. Y estuvo atenta. A las pocas semanas, leía en los periódicos, que aquella extraña criatura casi mitológica, fallecía tras haber tragado 50 kilos de plásticos. Esta historia ocurría en el año 1997, hace exactamente 22 años.

En 1998 se descubría una isla de plásticos flotando en el Pacífico Norte; en el año 2009 otra en el Atlántico Norte; en el 2011 aparecía una nueva acumulación de plásticos en el Pacífico Sur.

Actualmente estos residuos, seguían recorriendo los océanos contaminando sus aguas y destruyendo su fauna y su flora y desgraciadamente, tal vez no se habían aún descubierto todas.

María Eulalia Aniceto Vicente

